

Berlusconi

Manuel Campa

Uno de los primeros textos que suelen citarse para explicar la relación entre ética y política es la tragedia Antígona de Sófocles (s. V a. C.). La interpretación habitual es que, mientras el tirano Creonte representa la razón de Estado, o, incluso, la moral establecida, al prohibir que se entierre a Polinices, su adversario político muerto en combate, Antígona, que desobedece la orden enterrando a este hermano suyo, representa la opción ética, ya que sigue una ley superior a las leyes de los hombres. Sin embargo, durante la última dictadura española, era frecuente encontrar otra interpretación del texto clásico, donde la acción de Antígona representaba, no una opción ética, sino una actitud particular de defensa de los intereses familiares, mientras se atribuía al tirano la representación de la opción más universal, tal vez porque esta interpretación encajaba muy bien a los intereses del régimen, desaparecido hace un cuarto de siglo, y cuya legitimidad se justificaba -en las monedas- “por la gracia de Dios”. Este ejemplo de la interpretación de un texto clásico muestra muy bien el enorme componente ideológico del tema. Ahora mismo, se intenta, por parte del poder establecido –el ejemplo más claro, pero no único, sería Berlusconi- señalar una raya de separación entre el ámbito de la política y el de la ética. Lo precisó muy bien el vicepresidente Rajoy: “No hay que preocuparse de la corrupción económica puesto que no es una prioridad que se manifieste en las encuestas de opinión”. Esta frase tiene una resonancia más próxima al jefe de gobierno italiano que al premier inglés. Las apelaciones de Aznar a “mi amigo Tony Blair” son una pura labor de distracción”. Aquí, como en Italia, sería impensable que la TV oficial se enfrentara al presidente del gobierno, como ha hecho la BBC, siguiendo una línea editorial, respecto a la guerra de Iraq, discrepante de la política oficial inglesa. ¿Por qué preocuparnos tanto de Berlusconi? No sólo por la importancia de Italia en la Unión Europea, que ahora preside, sino, sobre todo, porque cuando se menciona al cavaliere estamos viendo pelar las barbas del vecino: de ti se habla en la fábula, recordaban los clásicos. Digámoslo de una vez: Berlusconi consiguió la cuadratura del círculo político, con un control de seis de los siete canales italianos de TV y con una ley que le garantiza la inmunidad, mientras permanezca al frente del gobierno, ante los procesos en marcha, por blanqueo de dinero, soborno de jueces, falsificación de cuentas, etc. Se dirá que siempre hubo políticos corruptos. Pero hay algo nuevo: la convicción de que desgasta menos, ante la opinión pública, el control de jueces y fiscales y la mentira televisiva que el respeto al poder judicial y a la independencia de los informadores. Esta es la nueva perversión que parece permitir el nuevo homo videns, pasivo televidente, que no castiga con su voto, como debiera, a quien cesa a los fiscales incómodos o manipula la mayoría de las cadenas de TV. Por eso, se vuelve al discurso único, que separa ética y política, y que deja como única razón universal a la del tirano Creonte, considerando la preocupación por la corrupción económica como una cuestión irrelevante, ya que la opinión pública, adormecida por la TV, no considera problema grave que el dinero pueda pasar, como por vasos comunicantes, del canal público a los bolsillos privados.